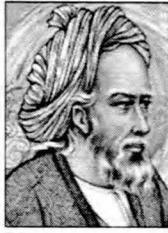


HOMBRES ESCONDIDOS EN FÓRMULAS



OMAR: CÓNICAS Y VINO

Miguel Escudero Royo

escudero@mat.upc.edu

Departament de Matemàtica Aplicada, Universitat Politècnica de Catalunya

Las cónicas y el vino también pueden rimar juntos. Nosotros, por nuestra profesión, siempre estamos dispuestos a sorprendernos. Por ejemplo, hay un contribuidor de la matemática que nació aproximadamente cuando el Mío Cid, a mitad del siglo XI. Era persa y natural de la ciudad Nishapur. En unas enciclopedias lo encuentro denominado Omar Khayyam y en otros libros como 'Omar Jaiyam' (es el caso del libro del profesor Ricardo Moreno, del cual he conseguido información para estas páginas). Sin buscar fundamento filológico le llamaremos aquí Khayyam, nombre que según tengo entendido significa constructor de tiendas. De hecho, actualmente Omar consta básicamente como constructor de poesía. Citemos dos versos: «Antes de que tu nombre en el mundo se borre/ bebe vino, que el vino alegra el corazón». Hay que decir que Khayyam pertenecía al mundo musulmán, lo cual puede explicar que esta dimensión poética no fuese conocida hasta dos siglos después de morir. La vida, ciertamente, da muchas vueltas. Sus poemas fueron transmitidos a Occidente (y de paso al propio Oriente) por Edward FitzGerald (sí, tal cual, con g mayúscula). Este señor inglés, nacido el mismo año que Darwin (1809) publicó en 1859 (también el año que salió 'El origen de las especies') su traducción de unas poesías orientales que había encontrado en una biblioteca. Sin embargo no tuvo resonancia hasta que dos influyentes lectores dieron razón de su importancia.

Omar ideó una forma de 'cuartetos' caracterizadas por la falta de rima en la tercera línea, se llamaban 'Rubaiyat'. Ocho siglos después su camino se prolongó gracias a la acción de FitzGerald. Su traducción era libre, algo que ya había hecho con Calderón de la Barca (un autor, por cierto, muy querido por muchos y destacados autores alemanes e ingleses). Se ha llegado a decir que su trabajo fue una verdadera 'transfusión poética' y que no solo transmitió con acierto la esencia de su estilo y pensamiento si no que lo rescató de un eterno olvido. Hay que decir que Rubén Darío llegó a escribir un prólogo a su versión en español. Y también que Jorge Luis Borges redactó en 1969 un

poema con el mismo título y con la misma técnica, está incluido en 'El elogio de la sombra'.

Además, Khayyar no fue sólo un poeta, por eso lo tenemos aquí, en estas páginas. Fue un matemático y un astrónomo de renombre, que tenía como libros de cabecera «Los elementos», de Euclides y «Las cónicas», de Apolonio. Escribió unos interesantes 'Comentarios sobre aspectos dudosos en los postulados del libro de Euclides', que giran alrededor del verdadero debate sobre el quinto postulado de Euclides, clave de las geometrías no euclídeas. Hay que citar también sus brillantes e ingeniosas resoluciones de ecuaciones cúbicas cortando cónicas (las cuales, recordémoslo, son curvas de intersección de un plano y un cono). No puede pasarse por alto que el álgebra es históricamente el terreno matemático mejor labrado por los árabes.

El sultán Malik Sha, muerto en 1092, lo convocó para emprender las observaciones astronómicas precisas para la reforma del calendario. Así, se abandonó el año solar persa (que ellos nos transmitieron) por el lunar musulmán. Este último se caracteriza por contar un mes al acabar las cuatro fases de la Luna.

Leo esta sentencia con la que Omar cerraba sus libros: «Alabado sea Dios en toda circunstancia y bendito sea Mahoma (la mejor de Sus criaturas) y su familia buena y virtuosa. Con Dios nos basta, ¡qué gran Protector es!». Por último, tengo delante un retrato suyo; no recuerdo ninguno del Mío Cid, a pesar de que hay esculturas suyas, como la que hay en Valencia, ciudad que reconquistó. Veo una frente amplia, la cabeza cubierta por un turbante claro que deja al descubierto su oreja derecha, unos ojos penetrantes con una mirada tranquila, bigote y barba canosos. Es el rostro de quien escribió «Al período en el cual llegamos y partimos/ ni se le ve el comienzo ni el fin se le vislumbra/ y no hay nadie que pueda decirnos de verdad/ de dónde procedemos ni a dónde partiremos». Se trata de uno de los hombres de quienes puede decirse que está en la torre de nuestros conocimientos anónimos, desde sus hombros asomamos para divisar un horizonte.

